



HISTORIAS SIN MAQUILLAJE

VALENTINA ORTIZ PANDOLFI

MEXICO D.F. 2009

Derechos de autor: 03-2015-081912130300-14

MI HIJA COCTEL DE FRUTAS

Sé que estoy a punto de explotar. Mi panza está enorme, y siento al bebé tan abajo que ni me deja caminar. Tengo que aprovechar para hacer muchas cosas antes de que salga, muchas cosas...

Además, le mentí a mi marido. Le dije que voy a tener un varón. Sé que voy a parir una niña. Yo hubiera preferido tener un hombrecito, para echar mucho relajo con él, y para que no sufriera y no tuviera que pedir permiso para todo, y sobre todo para que no se tomara la vida tan en serio como nosotras, las mujeres...

“¡Quiero dos tamales y un coctel de frutas! ¡Ahooola! Si no, tu hijo va salir con cuerpo de tamal, así todo aguado. ¡Yo no sé, eeeh!” Me comí los tamales, y ya iba a atacar el hermoso, enorme, delicioso coctel de frutas con chantillí y chispitas de chocolate, cuando se me rompió la fuente... Ahí estaba yo, chorreando agua entre las piernas, parada en el puesto de frutas de la esquina de mi casa.

Mi esposo me dijo casi gritando: “Vámonos al hospital, que ya te va a tocar”, pero la verdad es que yo me quería comer mi coctel de frutas tamaño extra grande. Vi claramente cómo los cubos de color anaranjado me sonreían, mandándome un beso sabor papaya. El olor de la fruta me mareó y azoté en la banqueta.

Volví a despertar ya en el hospital, en el quirófano, acostada con las piernas abiertas y rodeada de personas de azul. Pregunté de inmediato: “¿Dónde está mi coctel de frutas?” Nadie me respondió; sólo escuché que dijeron: “El bebé se está asomando ya”. Me resigné, deseando que la niña naciera pronto, para poder regresar a mi fruta cuanto antes. El bebé salió rápido; sólo pujé un par de veces y ya estaba ahí... Alcancé a verlo y sentí chistosito.

El problema fue lo que siguió: parecía que estaban lavando un carro a cubetadas. Me aventaron baldes de agua helada entre las piernas, y luego me atacaron con algo filoso; parecía que uno de los doctores se dedicaba a cuadricularme la vagina con un bisturí, y después de cada serie de cortadas me aventaba un balde de agua fría. Me enojé tanto, que grité bien fuerte, lo más fuerte que pude: “¡Quiero mi coctel de frutaaas!”

Entonces sucedió la maravilla: volví a sentir ganas de pujar. Hice un esfuerzo, y de mi vientre salió un hermoso melón chino, bien arrugadito. Luego expulsé una piña y una papaya. Respiré largamente y seguí pujando:

Salieron primero seis naranjas, y luego una docena de guayabas bien amarillas. Tuve que hacer un poco más de fuerza para sacar una penquita de plátanos, y ni sentí cuando salieron las fresas.

Una enfermera, prácticamente paralizada de asombro, estiraba las manos como autómatas recibiendo mi fruta. Como vi que nadie reaccionaba ante lo que estaba sucediendo, tuve que bajar mis piernas de los estribos de la mesa de parto y ponerme a organizar la situación.

Agarré el balde de agua fría que aún estaba junto a mí, y lavé toda mi cosecha de fruta. Cuando cada pieza estuvo bien limpiecita, pedí un bisturí a la enfermera, aún idiotizada, y una gran palangana. Con cuidado pelé y corté cada fruta, colocándola en orden en el recipiente. Daba gusto dejarse hipnotizar por los colores en el traste.

Convocados por los olores dulces y ácidos de la fruta, como zombis, se fueron acercando los dos jóvenes médicos que me habían atendido unos minutos antes; la enfermera, con mi nuevo bebé en brazos, también llegó. Parados alrededor de mi enorme coctel, todos parecían mendigar un pedazo del último pan del planeta Tierra.

El coctel estaba listo, pero faltaban la crema y la miel para recubrirlo. Sin dudarlo, saqué mi pecho, y bañé el platón frutal con mi leche. El manjar estaba listo. Cada uno de los presentes estiramos la mano y agarramos nuestro primer pedazo de néctar frutal.

Después del tercer trozo, todos hablábamos al mismo tiempo, reíamos, y hasta cantábamos. Me acordé de mi recién nacida y decidí ofrecerle una probadita del coctel. Ella recibió el pedazo de plátano con gran alegría, chupándose los labios tiernos, muy tiernos.

Entre esas risas, ese olor a miel de tierra, se abrieron mis ojos. Vi a mi hija por primera vez. Mi bebé era hermosa mirándome con sus enormes ojos. Supe que ella estaba viva, que ella era de mi sangre. Por fin pude ver a mi hija coctel de frutas, a mi hija vida de mi vida, a mi hija para toda la eternidad... y lloré de felicidad mientras seguía comiendo mi sabroso coctel.

MI NOMBRE

*“Porque mi nombre es mío,
Porque yo decido cambiar
Porque yo quiero llamarme como yo quiera.”*

Diario me sé Sheena,
pero nací y crecí Petite Trois Langues:
niña perdida de las tres lenguas.
Luego me volví,
y lo seré siempre,

Two Face Wobi:

mujer pájaro de dos caras.

Durante unos años creí ser Guex Vedel:
guerrera venida de lejos.

Pero me transformé en una Wowho Droho:
mujer que sueña el hogar.

También fui feliz como Panhuecihuahatl:
mujer tambor que hace bailar.

Y parece que ahora busco a Dadzen de Brajo:
espejo de palabras que dicen verdad.

LOS DIÁLOGOS DEL PLATÓN

Dedico estos pensamientos a las mujeres que conocí en el salón de segundo de Cultura de Belleza del Centro de Desarrollo Comunitario Carmen Serdán, en el mes de mayo del año 2009, del siglo XXI, en la Ciudad de México, enorme urbe cosmopolita de la gran Latinoamérica.

“¡Qué bueno que Platón y sus compinches no fueron mujeres, porque no existiría la Filosofía Occidental!”

Parada ante la puerta a la niña le entregan la llave.

Ella da la vuelta y se va.

“Es la llave equivocada”, piensa ella.

Alguien le dijo que no hay puerta que se abra y ella le creyó.

“—Quiero crecer.

—*No, porque te puedes caer.*

—*Quiero crecer.*

—*No, porque te vas a ir.*

—*Quiero crecer.*

—*No, porque serás más grande que yo.*

—*Quiero crecer.*

—*No, porque eres mujer.”*

La niña lloró durante días hasta formar un inmenso mar.

Se subió al barco de cobija y navegó llorando.

Recorrió el mundo y lloró.

Regresó a casa, se despidió, secó el mar y se fue lejos.

Ya no lloró.

VIRGINIA LOBO EN MÉXICO

“¿Un cuarto para sí misma?

Niña, apenas tienes 23 años.

¿Una casa para ti misma?

Si estás bien con tu familia, mujer.

¿Una historia para sí misma?

Ay, hijita, tu marido no te va a dar permiso, no se vaya a enojar...

¿Una carrera para ti misma?

Hermanita, si sigues molestando te voy a chingar. Yo estudio ingeniería, tú, secretariado.

¿Una vida para sí misma?

Amiga, no seas ridícula: mejor da gracias por lo que sí tienes.”

ANA COLOR DE ROSA

Después de su graduación, ante la confusión que sentían cuando miraban su futuro, varias de las alumnas de segundo de Belleza se fueron a Acapulco a aventarse del *bungee*, a dejarse caer desde alto, amarradas sólo por una liga. Decidieron que si esta caída libre de más de cincuenta metros, con la cabeza hacia abajo, no les alineaba sus ideas, entonces no tenían remedio y tendrían que regresar a sus casas a obedecer a sus hermanos y padres *ab aeternum*, a casarse con un hombre infiel y alcohólico, a vivir cocinando, planchando y regañando a sus hijos para siempre.

Para casi todas las amigas, fue suficiente aventarse una sola vez de los cincuenta metros. Durante la caída, vieron muy claramente lo que harían con sus vidas: trabajar en Televisa de maquillista, tener una casa con alberca, ser educadora, volverse una gran dibujante, terminar sus estudios de leyes... Sin embargo, Ana no lograba despejar su mente.

Las amigas observaron, sentadas en una bardita, cómo Ana se aventaba diez veces de cabeza. “Va a quedar turuleca”, dijo una. “Se va a poner bien mensa; quizás y así ya va a ser feliz.” Si no hubieran cerrado el negocio del bungee a las doce de la noche, Ana hubiera seguido repitiendo su caída. Las compañeras tuvieron que cargar a su amiga al hotel.

Como suele suceder, las amigas se perdieron de vista después de la graduación. De vez en cuando se enteraban de los desarrollos de la vida de alguna de ellas. “¿Sabías que Marlen ya está corriendo autos en el Autódromo Hermanos Rodríguez?”, “Oye, vi a Marisol el otro día que fui al hospital; fijate que ya es enfermera y trabaja en el piso de los niños con cáncer”, “De Alejandra sólo sé que es la mujer más feliz del mundo, pero de Lupe sí me enteré que tiene una granja de huevo ecológico. Cría pollos y patos en libertad, sin meterlos a jaulas, y dan huevos deliciosos; dicen que le va re bien con la venta de sus eco huevos”. Sin embargo, de Ana nadie escuchó nada durante mucho tiempo.

Para poder pensar mejor, ella se fue a otra ciudad; a una ciudad lejos de todo lo que conocía. Tenía que descubrir cómo lograr practicar la mecánica automotriz. Hace años que en el Distrito Federal iba de taller en taller pidiendo que la recibieran de aprendiz, pero la reacción de los señores mecánicos siempre era la misma: “Te vas a ensuciar, chamaca; esto es cosa de hombres”.

Ella acostumbraba vestirse de manera agradable, de rosa, porque era su color favorito, y también el que le daba suerte.

Un día en su nueva casita, lejos de la capital, una idea despertó a Ana de un sobresalto: “Si el problema es la mugre, pues la solución es sencilla”. Ana se quitó su linda ropa rosa, y decidió no bañarse en una semana. Al octavo día de abstenerse por completo del agua sobre su piel, Ana salió rumbo a un taller mecánico. Una cuadra antes, se desvió y entró a un terreno baldío.

Encontró el charco de lodo perfecto para su cometido. Ana se acostó en el agua puerca y se revolcó: se batió por el frente y por detrás.

Lista, caminó la cuadra que faltaba para llegar al taller. Los hombres de overol grasiento apenas voltearon a verla. El mayor de ellos le dijo de manera hosca: “Está bien, te contrato, pero sólo te puedo dar quinientos pesos a la semana, y te toca lavar los motores”. Ella, feliz, inició así su carrera de mecánica.

Cada día Ana aprendía algo nuevo. Pronto se volvió experta en cambio de balatas y rectificaciones de tambores, y ya no tuvo que pasar por el charco de agua puerca todas las mañanas. Es más, el día en que el señor Chómpiras le subió el sueldo a mil pesos a la semana, ella se dio el lujo de bañarse.

Sus compañeros ya se habían acostumbrando, sin mayores problemas, a estar cerca de su presencia femenina. En honor a ella decidieron cambiar la imagen del calendario del año recién llegado: esa vez no fueron las nalgas de una mujer las que adornaron el impreso-para-los-clientes, sino un hermoso paisaje de montañas nevadas. Todos acordaron satisfechos que esa imagen refrescaba más que las de los años anteriores.

Todo iba muy bien, pero Ana de pronto se empezó a inquietar. Lo que antes no la perturbaba, ahora la molestaba profundamente: tener las uñas siempre negras, oler a grasa, tener el pelo tieso.

Cada vez extrañaba más el color rosa...

Una mañana, decidió que era tiempo de ir a Acapulco. “Para acomodar las ideas”, pensó. Llegó al bungee, lugar de las decisiones, como a las seis de la tarde. De inmediato se formó en la cola para iniciar su sesión de caídas libres de cincuenta metros, cabeza para abajo. Esta vez sólo se aventó un par de veces, ya que iba sola y no tenía quién la cargara al hotel. Extrañó inmensamente a sus compañeras de la carrera de Cultura de Belleza; hasta le pareció escuchar las risas de sus amigas.

Regresó al día siguiente a su casita sólo para recoger sus pertenencias. Fue al taller a agradecer todas sus enseñanzas al señor Chómpiras, al Tuercas, al Gato y al Flaco. Después se regresó a la capital, directo a su barrio de San Francisco Culhuacán.

Con sus ahorros abrió una estética; pintó las paredes e hizo todas las decoraciones de color rosa. Mandó a hacer las batas de las empleadas del mismo color, y le puso por nombre a su nuevo negocio “Tierra de Rosas”. Ella disfrutaba peinando a sus clientas, poniéndoles uñas de fantasía, haciendo sesiones de maquillaje, pero los ingresos del lugar no eran lo que ella esperaba.

Cierta noche, una idea la despertó de un sobresalto: “paquete mecánico limpio”. Puso un gran anuncio en la vitrina principal de su estética, anunciando, a precio económico, un “Servicio completo para mecánicos: lavado y desengrasado”. Básicamente, lo que ofrecía a los trabajadores de este gremio era la posibilidad de quitarse la grasa de entre las uñas, olvidar por unos momentos el olor a motor, y sacarse la mugre de los cabellos. La estética Tierra de Rosas floreció, y Ana fue muy feliz.

Pasaron unos años, y la felicidad de Ana se le fue desgastando; ella se inquietó de nuevo. No estaba a gusto en ningún lugar, y ya no disfrutaba su trabajo. Entonces ella supo que era momento de repetir su viaje a Acapulco, la peregrinación acapulqueña.

Después de su tercera caída libre en el bungee, ella vio que la solución a sus angustias era “la combinación”.

Regresó a su casa y se mandó a hacer un overol rosa de mecánico. Ya vestida con su nuevo atuendo de trabajo, fue a la Avenida Plutarco Elías Calles a conseguir un empleo. Al verla, fue tal el asombro del dueño del negocio Balatas y Rectificaciones, S.A., que la contrató. El hombre pensó: “Me puede traer mala suerte no contratar a la mujer de rosa; me puede caer la salación”.

Ella sacó sus herramientas rosas de su caja rosa, colocó su diablito rosa abajo del carro, y se puso a trabajar.

Ese día, a las cinco de la tarde en punto, Ana salió corriendo directo a su estética, donde ya varios mecánicos la esperaban para su “Servicio completo: lavado y desengrasado”. Con el mismo overol rosa de la mañana, ya manchado de grasa, ella empezó la limpieza de hombres. Todos salieron de la estética muy satisfechos; estaban más encantados que nunca con su esteticista: aparte de acicalarlos, ella podía sostener una conversación sobre balatas, tambores y ajustes. ¡Qué más podían pedir!

Ana ahora sigue teniendo sus dos empleos y es muy feliz. Hace la peregrinación a Acapulco una vez al año. Últimamente se ha encontrado en este lugar a varias de sus antiguas compañeras de carrera. Juntas, hacen sus caídas libres del bungee, y luego se van a platicar y bailar toda la noche. Ahora, cada una a su manera, ellas son felices.

LAS BOLAS EN CULHUACÁN

Por fotos, por películas, sé que existen en el mundo bolas que asustan, que destruyen pero nunca pensé encontrarme una de estas esferas de terror en un barrio del sur de la Ciudad de México.

En el desierto de Sonora existen grandes bolas de hierba seca que ruedan llevadas por el viento, allá las llaman Brujas. Primero giran recogiendo basura del desierto y arbustos hasta volverse enormes. Y entonces en la noche se incendian y giran otra vez; espantan a cualquiera.

Muchas personas después de ver las Brujas dejan de ser las mismas. En los Pirineos se forman las bolas de nieve. Primero la bola es pequeña pero de tanto girar cuesta abajo va creciendo más y más hasta tomar la fuerza de la destrucción; la bola de nieve puede arrasar a un pueblo completo en unos cuantos segundos.

En el barrio de Carmén Serdán, aquí en el sur de la Ciudad de México, también hay bolas, bolas que crecen y crecen y que explotan con enorme violencia.

“No es grave, me explican las alumnas, no pasa de que haya unos muertitos. No pasa nada. No pasa nada, me repiten”.

“Es delicioso, es calentito, es grande, es hermoso” me contestan las casi mujeres, vestidas en sus uniformes escolares a cuadros, cuando les pregunto “¿Qué se siente tener una pistola en mano?” (Hablamos de un arma, de aquella maquinaria de precisión fabricada con el propósito de quitarle la vida a un ser vivo, no estamos bromeando entre mujeres sobre las pistolas masculinas.)

Yo la adulta, la mujer aguerrida, escucho con la mente, con el corazón, con mi asombro: “Para mí todo empezó cuando conocí a mi novio, dice una de ellas. Mis papas no me dieron permiso de tener galán y mucho menos permitieron que Moy entrara a nuestra casa a visitarme.

Así que ahora yo salgo y me paro en la esquina atrás de la casa. Ahí veo a Moy y nos la pasamos bien. También estoy con todos, con la banda. Platicamos, bromeamos, nos enojamos. Siempre estamos juntos, nos apoyamos de verdad.

Hay días que salgo y no está ni Moy, ni las amigochas, pero por lo menos están el Tortillas y el Perro, esos dos son inseparables y pareciera que viven en la banqueta.

Platicamos... y hay veces que hasta se nos acaban las palabras pero pues, entonces, nada más nos acompañamos y vemos pasar a la gente, claro si se atreven a pasar.

Hay veces que mis amigas me visitan en la escuela, en mis clases de Cultura de Belleza, y les pongo unas uñas muy bonitas, las más largas que encuentro. Las mujeres siempre nos tenemos que ver bonitas, estemos donde estemos...”

Yo, la mujer adulta, experimentada, he visto a estas hermosas estudiantes en acción, haciendo milagros. El miércoles me toca sesión de emperifollamiento: una de las alumnas transforma mis pies de ser unos dinosaurios a ser unas extremidades bastante coquetas. Simultáneamente dos jovencitas más jalan, alacian, cortan mi cabellera.

Cuando me miro en el espejo, en mi cabeza ya no habita el animal indomable al que estoy acostumbrada sino que reina un peinado digno de mujer seria y decente.

Y las manos, pues las alumnas del Centro Comunitario Carmén Serdán, me las cambiaron de ser fuertes herramientas de trabajo a ser unos anexos decorativos adheridos a mis brazos.

Este milagro de acicalamiento, de emperifollamiento fue ayer, hoy escucho desde mi asombro las descripciones de las “bolas” de su barrio. “Lo bonito de estar en la esquina es que estas acompañada. Siempre nos apoyamos”, me dicen ellas. “A la fiesta del sábado pasado fuimos todos. Eran los quince años de la Chuchis y pues había que estar con nuestra amiga; además iba a tocar el DJ Bambino y nos late como la mueve. Claro también asistieron a la fiesta los familiares de la festejada.

La mayoría de nosotros estábamos bailando cuando afuera se oyeron balazos. Esas balas al aire son la manera que tenemos de llamar a la banda, a los amigos; así nos avisan los hombres de que se va a armar la bola.

Salimos de inmediato a hacer el paro y efectivamente se armó la bola. Las bolas son muy ordenadas: siempre se respetan los dos grupos diferentes que se organizan para pelear: uno es el de los compas de 13 a 17 años y el otro es el de los de 17 a 25 años. Las personas mayores también se meten a los golpes, pero ya más tardecito. Ya sabes, son las mamás que le entran a la bola, que para defender a sus hijos.

Los hombres están armados pero tratan de no usar las pistolas; las mujeres solo usamos nuestras manos... Los hombres se pelean con los hombres y nosotras con las mujeres a menos que ...

Total que el sábado, como en toda buena fiesta, se armó la bola, primero los chavos y luego los adultos también.

Esa noche ganamos nosotros, quedaron 40 contrarios tirados en el piso. Así que terminando nos regresamos a nuestra esquina, ahí junto a mi casa y nos la pasamos muy bien. Ahora sí teníamos mucho de que hablar. Nos compramos unas chelas y pues nos amanecemos celebrando.

No sé que sería de mi vida sin mis amigos y sin las bolas...”

Ocultando mi asombro en el fondo de mi corazón, pedagógicamente les pregunté a las hermosas alumnas con faldas de colegialas: “¿Cuáles son los aspectos positivos de las bolas?” Ellas relajadas contestaron: “Las bolas te enseñan muchas cosas, en ellas aprendes a controlar la adrenalina y a poder mantener la cordura en situaciones extremas. Gracias a la bola siempre tenemos de qué hablar y podemos estar juntos. En la bola desahogas cualquier cosa que tienes atorada y te haces fuerte.”

Entonces, como adulto que soy, como conductora de taller, les insistí que describieran los aspectos negativos de las bolas, de las peleas tumultuarias que suceden semana a semana en su barrio. Ellas se miraron extrañadas de mi insistencia y una me dijo con duda. “¿Son malas porque te pueden matar?” Después reinó el silencio.

Mi corazón se quedó desarmado después de haber escuchado estas palabras. Recordé una vez más a las alumnas de Cultura de Belleza pintándome uñas hermosas con brillos de princesa y corazoncitos de hada, peinándome y maquillándome como reina de belleza. Y me hundí en el silencio de la confusión.

Después de varios días de reflexión concluí: tengo que creer en las palabras que escuché, aceptar la tranquilidad que vi en las mujeres que las pronunciaron. Pero mi corazón siente que la misión de

estas mujeres no es destruir sino construir belleza y entregársela a este mundo que no es tan hermoso. Necesito creer que su capacidad de regalar armonía es mucho más grande que cualquier bola, sea del desierto, de nieve o de violencia pura.

MARÍA VA A LA ESCUELA

“La mula y la mujer a palos se han de vencer.”

“La mujer que no es hacendosa, o puta, o golosa.”

“La cobija y la mujer suavécitas han de ser.”

“Calladita te ves más bonita...”

“La que no enseña no vende.”

“La belleza tiene que doler...”

“Mujer que sabe latín, ni encuentra marido, ni tiene buen fin.”

“Sin tu cariño no valgo nada...”

“Por mi culpa, por mi culpa, por mi culpa...”

Uno a uno, María dobla sus refranes y los guarda en la mochila para irse a la escuela. Ella siempre carga su lista de instrucciones de cómo ser mujer.

PESCADO MUERTO O TERROR EN EL TIANGUIS

Cuando ve que su mamá agarra las multicolores bolsas de mandado, Liz se prepara para ir al mundo más maravilloso que conoce. Es el lugar donde ella navega en un delicioso y cálido mar de colores, sabores y olores. Sabe que nada se puede comparar con el bienestar y las sorpresas que semana a semana le entrega el tianguis.

De la mano de su mamá, la niña Liz camina alegre. Dos cuadras más y aparecerá la calle de Canal Nacional y le mostrará en toda su belleza el río zigzagueante de techos color rosa mexicano. En este punto Liz suelta la mano y se agarra firmemente del mandil materno a cuadros azules. Es importante que su mamá pueda maniobrar sin estorbos para iniciar el ritual semanal de las compras.

Dan diez pasos más y se internan en el mundo de cielo rosa. La niña mira y se encuentra rodeada de montañas. Ve emocionada el Himalaya escurriendo dulzura ácida color fresa; los Pirineos escarpados color naranja; la Sierra Madre Oriental de plátanos y guayabas. Jalada por el mandil azul, llega ante el puesto donde la suave voz le regala el néctar del día: una tostada coronada con su enorme torre de crema succulenta. Liz estira su mano para recibir la maravilla, mientras su boca anticipa el placer de aquel manjar.

El siguiente puesto la introduce a los misterios de la anatomía animal. Quieta, ella agarra con más firmeza el mandil mientras estudia intrigada las formas de las patas de cochino, las plastas amorfas llamadas hígados y los diseños complicados que adornan los riñones.

Liz reflexiona de una vez sobre la respuesta que dará cuando su mamá le diga “Mi amor, cómprate un temboruco para que aguantes el hambre en lo que preparo la comida, ¿Qué se te antoja?” Sabe que puede pedir una bolsa de ositos rojos, verdes y amarillos que la llenarán de dulzura o una jícama bañada de rojo incendiario que la hará lagrimear de delicia enchilada. Igualmente puede optar por un tlacoyo espolvoreado de queso y cilantro o hundirse en el misterio de una quesadilla de huitlacoche o bien conformarse con el toque conocido del sopecito sencillo. Pero ella sabe que, semana a semana, siempre se inclina por el taco de bistec con papas, con muchas papas bien fritas, tiras amarillas de felicidad pura que se terminan demasiado rápido.

Pero antes del placer del antojito sabe que tiene que parar en el puesto de fruta de Don Chon. “Ya llegó mi niña, mi güerita tan chula...” dice el hombre que suda olor a miedo. Liz se envuelve en el mandil a cuadros azules y finge que las miradas del hombre no la hacen sentirse diminuta y transparente, sucia, muy sucia. Ella cierra los ojos y se deja llevar por el complejo tejido de aromas frutales que la rodea para evitar que los ojos de Don Chon se transformen en manos, en tentáculos, en garras que la puedan alcanzar.

Ahora Liz tiene muchos más centímetros de ventaja. Para ir al tianguis, ella y su mamá ya no usan bolsas de mandado sino un fuerte carro de dos ruedas. Ahí caben todas las compras y Liz es la encargada de llenarlo, jalarlo, defenderlo de las multitudes. Las montañas escarpadas se han transformado en simples montones de frutas. En el puesto de quesos Liz prefiere cambiar la tostada con crema por un buen tajo de queso de hebra.

Desde su nueva altura, el tianguis le entra por los ojos. Es una constante invasión de información, formas y colores. En el puesto de zapatos Liz aprende lo difícil que es decidir. Ante el tendido de películas, ella se arma de modernidad con el video clonado de riguroso estreno.

Frente a los trastes de plástico, reconoce la eficiencia y creatividad del siglo XXI. Se para en seco ante los brasieres de mil tamaños, telas onduladas cortadas para desnudar. Liz observa despacio el puesto de ropa interior y deja entrar bajo su piel el misterio que esconde. Aún no entiende, pero siente que hay algo enorme en esos pequeños pedazos de tela, algo hermoso y peligroso a la vez.

Por fin llega a su oasis, a su fuente de inspiración, se planta en el puesto de productos de belleza. Es una construcción minuciosa, milimétricamente perfecta, dividida claramente por géneros, tamaños, marcas, usos y colores. En el hilo suspendido cuelgan artilugios de perfección geométrica en forma de aretes y collares. A los lados hay paredes llenas de arcos de colores y cascadas de texturas, muestrarios de diademas, pinzas y extensiones de cabello. En la mesa están las pinturas de Mefistos: lápices, botes y polvos: todo lo necesario para la transformación, para poder jugar al ángel y al demonio en un mismo día y tranquilamente dormir la noche completa.

“Mamita dame veinte pesitos. Ándale, estas invirtiendo en mi futuro. Vas a ver que yo voy a aprender cómo hacer bonita a la gente, eso me gusta mamita.” Liz dinero en mano, decide cual será su experimento de la semana. Escoge entre inventar unas manos de uñas azul-sirena o agregar a su cabello tiras de rojo intenso. Quizás prefiere tener en sus manos la paleta de los colores más alegres y enloquecer pintando la cara de su hermanita o restringirse a los polvos de colores tierra y maquillar a su abuela...

Armada con su nueva adquisición de veinte pesos, Liz está lista para pasar al puesto de fruta de Don Chon. “Pero mira cómo ya creció mi güerita... Es toda una mujercita. Ummm... como mango de temporada.” Ahora ella se niega a recibir el pedazo de piña-para-la-niña que le ofrece y no pierde de vista el enorme cuchillo que siempre tiene en la mano este hombre que suda miedo.

Liz llega a su casa; ahora ya es esposa de Jesús. Viene con su uniforme escolar, falda corta de cuadros verdes, blusa blanca, suéter azul. Salió temprano de la escuela de Cultura de Belleza. Su madre la saluda con gusto y le pide que vaya al Tianguis por unas mojarras para la comida. “Hoy es vigilia y no podemos comer carne. A tu marido le encanta la mojarra frita. Apúrate hijita.”

La primera reacción de Liz es entrar en la recámara para cambiarse de ropa, quitarse la falda y ponerse el pants y la playera aguada, “uniforme” que habitualmente usa para ir al tianguis. Pero es tarde, hace calor y el tianguis está tan cerca... Liz sale a la calle en su falda corta a cuadros y camisa blanca, monedero en mano y se dirige hacia el río rosa mexicano que puebla las calles aledañas.

A unos pasos ya la envuelve la nube de sonidos que emana del torrente: “¡Baras, baras, la fruta fresca! ¡Tres por un peso. Lleve su canela! ¡Acéerquese marchanta, aquí la hacemos feliz! ¡Güera, güera, ¿qué le damos?, ¿qué le damos?...” De un paso firme se sumerge en el mundo de cielo rosa. Camina sin voltear a oler las montañas de fruta, ignora a Don Chon que le grita, solo mira de reojo las mesas de pinturas y diademas. Ella va directo al puesto de pescado porque su misión es clara y concisa: comprar seis mojarras.

Un puesto antes de llegar a su destino, ella percibe el olor característico a pescado. Es fuerte pero tolerable, aunque hoy viene más cargado. Se detiene un instante para inhalar y reconoce, entretejido en el aroma a mariscos, un olor que le es familiar. Cierra los ojos para oler mejor y se da cuenta de que alrededor de ella flota aquella esencia que emite Don Chon, ese acre tufo a sudor de hombre enfermo de miedo. Liz necesita las mojarras, así que ignora su descubrimiento y da los dos pasos que le faltan para llegar a su destino.

No está la Señora María, la reina de los pescados, mujer de seis aretes de oro en la oreja izquierda, cabellos cortos oxigenados y ceja pintada. Liz duda un momento ante la ausencia de su amiga; siente como la envuelve de nuevo el tufo acre de sudor y mar viejo. Pero Liz se acerca al frente del puesto y se coloca en la fila esperando ser atendida. Dos muchachos jóvenes están despachando el puesto. Son los hijos de la señora María, ambos ataviados con largos mandiles y botas de plástico blanco. Sus camisas arremangadas muestran antebrazos fuertes, cubiertos de escamas y tripas de pescado.

Están parados ante unas enormes tablas, cuchillos en mano, despachando a la clientela.

Desde que Liz se forma, los muchachos tuercen sus miradas hacia ella. Un muchacho le grita al hermano con voz fuerte y estridente: “Mira, carnal, hoy los monumentos salieron a pasear al tianguis de La Virgen. Mira nada más, manito.” El otro le contesta cantando “Colegiala, colegiala. Colegiala no seas tan coqueta. Colegiala ven y dame tu amor.” Siguen intercambiando comentarios sobre Liz y sus piernas, mientras acaban de atender a un cliente. Uno grita “Baras, baras, piernas de a millón, jugositas. Acérquense señores.”

“Necesito esas mojarras”, se dice Liz y valientemente mantiene su posición en la fila agarrando con fuerza su monedero. Cuando por fin pasa a pedir su pescado, uno de los muchachos le ofrece una galleta con ceviche: “Pruébelo güerita, está casi tan rico como usted. Para que se anime...” Pero ella lo rechaza seriamente y pide “Quiero seis mojarras medianitas”. “Uuyy, qué enojona. Güera y si me muero... qué vas a hacer...” Liz sólo repite “quiero seis mojarras medianitas”.

Ante la gente de la fila, ante la mirada asombrada de Liz, uno de los muchachos saca de la bolsa de enfrente de su mandil un enorme pescado. “¿Uno así, güera?” A la altura de su vientre, con la cadera ligeramente empujada hacia adelante, el hombre le muestra el pescado húmedo, viscoso colgando de su mano. Liz baja la mirada y paralizada simplemente repite “seis mojarras para la comida”. Entonces el joven avienta el pescado a su hermano, por el aire. Este lo atrapa, lo aprieta con la mano y con los dedos lo impulsa hacia adelante. El pescado húmedo vuela hacia el frente y cae exactamente entre los pies de Liz. Igual de sorprendido que ella, extendido en el suelo en su parda viscosidad, el pez muerto abre los ojos enormes, vidriosos. Su mirada se dirige hacia arriba, en medio de las dos piernas de Liz. “Quién fuera pescado muerto para mirar al cielo y ver el paraíso” Grita uno de los muchachos.

Liz mira aquel cadáver entre sus pies y siente cómo la pestilencia a sudor y mar viejo la invade, penetra sus fosas nasales, circula negra por sus venas, ensucia su pecho, llena su vientre de un enorme asco. Ante su imperante necesidad de vomitar, Liz corre.

Avanza hasta salir del río rosa y sube al primer transporte que pasa. Su corazón suena a estampida. Sus ojos brincan de un recuerdo a otro a toda velocidad. Liz toma asiento para tratar de serenarse y saber cómo explicar en su casa la falta de mojarras. Sobre su cuerpo se recarga ligeramente un hombre. Ella voltea y ve la bragueta abultada empujando su brazo acompañada de un par de ojos vidriosos, y de nuevo siente cómo la penetra aquel olor a pescado muerto con sudor de hombre enfermo. Liz se baja del pesero y corre hasta su casa.

Su madre la recibe en la puerta. Al ver a Liz con las manos vacías y sofocada, pregunta: “¿Qué pasó? ¿Y las mojarras?” La madre mira bien a su hija y simplemente comenta “Hoy no es día para pescado, ¿sabes? Voy a preparar unos deliciosos ejotes con huevo.” Y se mete en la cocina.

Liz logra terminar el día sin que su marido note su malestar. “Para qué inquietarlo”, piensa ella. Por fin protegida por la noche, Liz se mete a bañar. Durante largos minutos observa el agua que se va por el desagüe de la regadera. Quiere ver cómo aquel tufo a mar viejo y sudor de hombre enfermo se arrastra cobardemente hasta la rejilla, se retuerce en su propio hedor, resiste el embate del vacío de la tubería y por fin perece, desaparece... la deja para siempre.

Muchos minutos después, protegida por el aroma a shampoo de manzana verde, ella se arriesga a salir de atrás de la cortina de baño. Se pone con cuidado dos playeras debajo de la pijama, por si acaso hace falta... Se sienta en su sillón para descansar. Pero en unos minutos decide mejor ir al closet a buscar algo importante.

Ella recuerda que guardó un buen pedazo de tela a cuadros de su uniforme escolar; aquella tira larga que le sobró. La desdobra y esa misma noche se confecciona una nueva falda. Una mejor, más a la moda de París, justo lo que necesita para la primavera. “Ahora voy a usar una falda que me llegue hasta los tobillos”, es mejor, se convence ella. “Es mucho mejor”, vuelve a repetirse.

Liz ya no va al Tianguis de techos rosas. Mejor compra en el supermercado. Los pasillos del súper huelen a plástico y metal rancio, “pero este lugar me queda más cerca y es más fresco que el tianguis”, se dice ella mientras inhala insistentemente un paquete plastificado que envuelve un melón para ver si recuerda el aroma de esa esfera rugosa.

Liz sabe que algún día se arriesgará a ir al Tianguis otra vez, quizás pronto. Podrá comerse un taco de bistec con papas, muchas papitas que se acaban demasiado pronto. Pero si se arriesga, será agarrada del mandil a cuadros de su madre o de la mano de su hermoso Jesús. Sola, al tianguis, nunca más.

GABY QUIERE VOLAR...

“No quiere ser hombre,

sólo volar.

No quiere ser bella,

sólo perdurar.”

Mi mamá está engordando otra vez, y me explicó que va a tener otro bebé. Yo sé que esta vez sí va a tener un niño para que juegue conmigo... Van dos veces que la veo ponerse redonda como pelota, y las dos veces ha tenido puras niñas; ya tengo tres hermanas: una mayor que yo y dos más chicas. No es justo. Ellas se entienden entre ellas; a veces se ríen, así suavemente, y ni les preocupa si yo sé o no sé qué está pasando. Seguro que el bebé que viene va a ser hombrecito.

Tengo la peor suerte que conozco: mi mamá llegó del hospital con un bultito rosa, la típica cobija suavemente con dibujo de osito, bien rosa. ¡Qué maldición! Y además me dijeron que van a poner la cuna de la recién nacida en mi cuarto, porque ya no cabe ni en el cuarto de las niñas ni en el de mi mamá.

Por cómo grita la bebé, yo digo que tiene pulmón de Superwoman, o que va a ser ropavejera o vendedora de chacharas en el metro. La otra noche estuvo chille y chille, así que le empecé a cantar canciones de banda y se quedó dormida. Ahora todas las noches le canto: primero se ríe un ratito, y luego se duerme tranquilita. Ya me está cayendo bien la Gabrielita; lástima que sea vieja...

Mi hermana ya camina, y yo ya la estoy entrenando a las luchitas, para que se curta, para que resista bien los golpes. Ella aguanta muy bien, es muy valiente. Cuando le aplico la quebradora, se ve cómo arruga la carita a punto de llorar, pero se traga las lágrimas y sigue luchando. A veces mis hermanas la quieren llevar a su cuarto y vestirla como muñequita, pero yo no las dejo: me la van a ablandar. Ellas son tres; a la Gaby que me la dejen a mí.

Vaya, ya convencí a Gaby de que para Reyes no pida la muñequita-que-baila-que-sale-en-la-tele. Las muñecas son cosas de mujercitas tontas, le dije, y le enseñé las maravillas de la pista de carros Torpedo Extreme. Se convenció. Quizás los reyes se sorprendan cuando ella pida carritos, pero si ellos son chidos, pues se los van a traer, y si no, pues que se vayan mucho a...

Gaby llegó bien contenta con los brazos llenos de peluches y muñecas, porque la vecina ya no los necesitaba y se los regaló. En ese momento que resuelvo el problema.

Le dije claramente a Gaby que esas cosas peludas no entraban a nuestro cuarto. Me rogó y hasta lloró un poco; por un momento me sacó lo débil y me convenció. Acomodó todos los monos en la cama con mucho cariño, platicándole a cada animalito. ¿Dónde se ha visto un oso azul con moñito o un perrito con manchitas en forma de estrella? ¡Qué ridículo! Y mi hermana diciéndoles a todos palabras dulces, sin parar...

La verdad enloquecí: le di una enorme patada a mi hermana y me dediqué a destruir a cada animal estúpido; les arranqué las cabezas y les saqué las tripas. Gaby se quedó llorando en una esquina del cuarto sobándose la barriga, donde le pegué. Cuando terminé el destrozo me calmé un poco, y sentí feo por Gaby, pues la verdad sí está un poco chiquita: tiene siete años. Le pedí una disculpa y despacio, para que entendiera, le expliqué que ella tenía la culpa de que yo me enojara. Le pedí que por favor no lo volviera a hacer, porque yo siento horrible cuando le pego. Le dije claramente que no quiero volver a verla ni siquiera cerca de alguna muñeca o peluche. Parece que ella entendió. A cambio, yo prometí enseñarle a jugar muy bien al fútbol. Ella se emocionó y los dos nos quedamos dormidos.

Resultó buenísima para el fútbol, mi Gaby. Le da la vuelta a cualquiera de los chavitos de su edad de la cuadra, y a ellos les da mucho coraje. Yo hasta la llevé a los edificios de Santa Ana para que se echara la cáscara con los chavos de ahí. Salió rebién la chamaca: les dimos una goliza a los santanos. Luego se armaron los catorrazos, como debe de ser, y Gaby le entró. Ésa sí que es mi carnalita.

Mi mamá me regañó la otra noche: dice que estoy haciendo a la Gabriela bien machorra, y que las demás niñas no le quieren ni hablar, y mucho menos jugar con ella. Yo sé que a mi carnalita no le importa que las niñas tontas de la familia la ignoren y no le ayuden a bañarse, ni a desenredarse el cabello. Tan fácil que es: ya le dije a mi Gaby que se corte el pelo y se acabó.

Yo ya estoy en la secu y tengo mis amigos. La Gaby no entiende esto, e insiste en seguirme a todos lados. Ya le dije que necesito mi espacio, pero luego se aparece en el parque a donde vamos a fumar, y se queda ahí parada como idiota. El otro día de aferrada se metió a jugar fútbol con los chavos de la secundaria. Primero les cayó en gracia verla así: chiquita, pelona, corriendo de aquí para allá, dominando muy bien, pero cuando vieron que ella jugaba tan chido y que ya había metido dos goles, la corrieron del partido. Ella se enojó y quiso reclamarles, pero ellos le echaron montón. Gaby me volteó a ver, pero yo miré para el otro lado: ni modo de quemarme con los cuates dándole la razón a mi hermanita...

Me enojé mucho, porque yo ya tengo novia y la Gaby nomás no entiende. Insiste en irme a buscar afuera de la prepa para que nos regresemos en el pesero, juntos. Luego en las noches quiere platicar como antes o jugar a las luchitas, y pues yo estoy cansado, porque me la paso bien ocupado todo el día, llevando y trayendo a mi chava.

Ya le expliqué a Gaby, despacito para que entendiera, que ya soy un hombre, y que ella tiene que empezar a juntarse con las de su tipo, con mujercitas. Además, ya tiene que ponerse ropa de mujer para gustar a los hombres, para que se consiga un novio que la saque a pasear y la distraiga, y así deje de seguirme a todos lados. Ella me explicó que las mujeres no la quieren: yo le dije que eso era muy su bronca y me dormí porque estaba muy cansado.

La Gaby trabajó todo el verano y logró comprarse su moto. Es chida, mi carnalita. Ya casi no la veo, porque logré entrar al Colegio Militar. Gaby me viene a visitar y dice que también va a entrar al Colegio, porque quiere ser piloto de aviones de guerra. No le hago caso a lo que dice, porque sé que se le va a pasar esa idea loca. El otro día le conocí un noviecito que no me gustó nada. Logré convencerla de que lo dejara, de que no perdiera su tiempo con ese chavo enclenque; seguro que hasta era medio putito.

Ya terminó la prepa mi Gaby, pero salimos bien peleados. Primero porque se estrelló en la moto y casi se mata, y ya quería comprarse otra motocicleta. Le dije que esas locuras se las dejara a los

chavos. Segundo, me anunció que ya se había inscrito para hacer el examen de admisión en la carrera de piloto aviador del Colegio Militar. Le aseguré que jamás la dejaría hacer ese desfiguro; le expliqué claramente, despacito para que entendiera, que pilotos sólo los hombres, que esta carrera no era un asunto de mujeres. Ella me dijo que había visto una película en la televisión donde una mujer peleaba su derecho a estar en los marines de Estados Unidos. Yo le hice ver que justamente eso sólo sucedía allá, en Estados Unidos, no en México. Le dije que si quería estudiar, tenía que inscribirse en secretariado. No sé por qué, pero ella se puso colorada y empezó a gritarme que mejor burra o muerta antes de estudiar esa estupidez, que ella no le iba a estar sirviendo café ni lamiendo los huevos a nadie. Quién sabe por qué se puso así; yo mejor me fui, porque ya la conozco: cuando se pone de necia no hay manera de seguir hablando con ella. Aunque la verdad, esta vez discutimos mucho más fuerte que las otras veces, y ella estaba realmente enojada y dolida.

Mi mamá me contó que Gaby se sacó mucho de onda cuando discutimos. Ya se le pasará... Va a hacer el examen para la UNAM, para sicología. Ojala sí entre, para que ahí se consiga un marido y se le quiten las ideas raras de la cabeza.

Quién hubiera dicho que mi carnalita se ganaría el Melate. Se sacó los once millones completitos. Ya ven que yo tenía razón de que no estudiara para militar... Dicen que ya se compró una casa, una moto, un carro y hasta una avioneta. Mañana la voy a ir a visitar a ver qué me cuenta...

—Hola, hermanita, me da mucho gusto verte. No seas gacha, llévame a pasear en tu avioneta, mi carnalita.

—Perdón, hermanito, pero me compré el modelo pequeño; sólo cabemos en ella yo, como piloto, y mis tres hijas como copilotos. Otra vez será. Además, ¿a poco sí te subirías a un avión con una mujer al volante?

MUJER INÚTIL

Ayer le dije a mi esposo que se buscara otra mujer: “una que sí le sirviera para algo”. Yo soy una inútil, porque ya no le puedo dar más hijos. Lo único que hago es:

- Imprimo libros
- Educo a mi hijo
- Aconsejo a mi esposo
- Estudio una carrera
- Acompaño a mi suegra
- Administro las finanzas de la familia
- Planifico la alimentación de los niños
- Cocino guisos que hacen sonreír
- Lavo y plancho la ropa de muchos
- Anticipo y resuelvo las necesidades de varios
- Cuido al enfermo
- Arreglo lo roto
- Trabajo para ayudar con los gastos

Mi hijo pequeño y mi marido me abrazaron fuertemente, y esa noche cerraron la puerta de la casa con doble llave.

SE VALE SOBAR...

Definitivamente las madres y los hijos jamás deberían de enfermarse, nunca. Debería ser un decreto universal: madres e hijos del mundo: prohibido enfermarse. Estoy 100% de acuerdo con esto y nunca pensé decir lo siguiente, pero hay que reconocer que es una realidad. Hijos y maridos del mundo escuchen aquí: Las madres y esposas tenemos derecho a enfermarnos, a tener una crisis emocional, inclusive a accidentarnos. Me temo que en este texto tendré que pelear el derecho de toda mujer a ser atropellada.

Carmen, la maestra de Tae Bo y de Aerobics, la hija que vendía tunas a los seis años para ayudar con el gasto, la madre ejemplar y la nuera responsable, salió de su casa rumbo al trabajo como cualquier tarde. Al llegar a su parada pidió bajarse del pesero, en frente de la Extienda, sobre Avenida Santa Úrsula. El transporte frenó y ella salió de la puerta de la combi. El vehículo arrancó antes de que ella hubiera tocado el piso: Carmen, la maestra de Aerobics, salió volando. Dio tres marometas, y rebotó de un lugar a otro. Primero chocó con el carro estacionado, éste la envió contra la banqueta que a su vez la regresó hacia una pequeña pared.

La combi ya iba lejos, ella volteó para fijarse si alguien la había visto caer. Se levantó sacudiéndose el polvo y arrancó a caminar fingiendo que no había pasado nada. “Igualito que los perros atropellados que chillan y salen corriendo”, recuerda ella. Entró en su centro de trabajo y fue a dar su clase. Avanzó. Cuando le faltaban unos veinte pasos, pensó claramente: “Es imposible que a la maestra de Tae Bo la atropellen y además salga revolcada como perro callejero.” Llegó a su clase, saludó a las alumnas e inició las primeras rutinas de calentamiento. Pero el cuerpo de Carmen, en vez de entrar en calor, se estaba enfriando y ella empezaba a sentir los golpes de su caída en toda su humanidad, especialmente en la cadera. Cinco minutos después del inicio de la clase, les declaró a las alumnas que confiaba en su gran memoria y que ellas siguieran con el ejercicio mientras la maestra las miraba. Acabó Carmen, la maestra de Tae Bo, sentada en un banquito, casi desmayada de dolor.

Sola, caminó despacio hacia la calle, subió a otro pesero, fingiendo no sentir terror. “Lo único que tengo que hacer, pensaba, es llegar a mi casa, con mi gente, y ahí estaré bien de nuevo.” Y Carmen lo logró. Bajó con gran cuidado del transporte público, cojeó hasta la puerta de su casa y entró, aliviada. Se escuchó de inmediato una voz familiar, de años, “¿Por qué tan tarde?” “Es que me atropellaron.” La respuesta fue inmediata “¿A ti? Imposible.” “En verdad; fue un pesero...” “Pues .por qué no te fijas?” Carmen insistió en explicar cómo había sido el suceso, la humillación que sentía, el dolor, pero la voz simplemente contestó “Ya no seas exagerada, mejor atiende a los niños, no ves que ya tienen hambre. Apúrate.” Carmen, como pudo, se metió en la cocina y preparó la cena. Sirvió la mesa y dijo que se retiraba a dormir porque no se sentía bien. Las voces le contestaron “Como quieras, si con nadita te sacas de onda.”

Carmen, como buena esposa y madre, nunca más se quejó, pero tardó más de seis meses en recuperarse del accidente, en volver a poder mover la pierna sin dolor. Carmen logró caminar de nuevo gracias a las terapias que ella misma se ideó, y ahora sigue siendo maestra de Tae Bo y de Aerobics, por un lado; y madre, esposa y nuera ejemplar, por el otro. Quizás muy dentro de ella cambió algo, aunque sea un poquito. Quizás si alguna vez vuelve a tener un malestar o un accidente, esta vez peleará con valentía su derecho a sentir dolor y a sobarse.

UNA CAMA PARA LOS DOS

Para ti, Fede

Por el brazo me entran chispas luminosas, forman pequeñas bolas de luz que suben hasta mi pecho, ahí explotan como castillo de las fiestas de octubre. Luego las quijadas se me aprietan y la boca se me llena de una saliva dulce, mucha saliva tibia. Sigue un impulso de morder, deseo masticar, morder, tragar, morder, masticar, tragar. Después necesito mirar, dejarme deslizar por cada pendiente, cada curva, cada rincón oscuro, con los ojos únicamente. Esto me vuelve a llenar de calor y ahí es cuando me envuelve la confusión. Nunca sé si cosechar lentamente, con mi lengua, cada gota de sudor o dejar que mi vientre se siga expandiendo con el remolino que me quema.

Ella es la cosa más hermosa que he visto jamás. Siempre es perfecta, su voz es perfecta, su espalda, su pelo, su risa, sus pechos, sus manos. En sus enormes ojos me pierdo por completo, me hundo. Nunca salgo de esos ojos, sin embargo, cada mañana me vuelvo a hundir en ellos, caída libre sin fondo, aire cálido de nube de primavera, rocío fresco que baña, vapor que envuelve.

Hace poco un hombre quiso hacerle daño. A las 7 de la mañana, el hombre con 2 acompañantes quiso levantarla de la calle y llevársela en un coche. Yo los mato, los destripo, los quemo vivos, les arranco la piel enterita, poquito a poco para que se vuelvan locos de dolor antes de morir. Me transformo en hombre-lobo para asecharlos hasta matarlos de miedo.

Ahora todas las mañanas voy por mi tesoro a su casa. La alzo en mis manos y la subo a mi moto. Cuando sus brazos me envuelven me derrito... tan temprano. La llevo a su escuela y veo cómo mi flor entra por el portón. Tranquilo, puedo irme a trabajar a la carnicería.

Todo el día corto carne, hundo mis dedos en las tripas por lavar, envuelvo mis brazos en las tiras de pancita, de longaniza, de moronga, pero mi mente siempre está con mi pétalo de flor. Sé que en la noche podré dejarme caer en el olor de su pelo, sentir su piel tan suave en mi cachete, sumir mi cara en su regazo. Al ratito estaré sentado en el sofá de su casa tranquilamente, hirviendo de placer, yo y mi capullito de alhelí.

El problema es que hay días, noches, en los que nos desbordamos del sofá; nos queda chico. En esos momentos avisamos que vamos por un refresco y salimos corriendo de la casa. Vamos con los amigos a ver quién nos presta un coche. Ya en el carro, empezamos a andar por el barrio. Tenemos que encontrar un rincón oscuro y solitario, pero no demasiado peligroso. Buscamos un lugar que nos reciba, que nos proteja, que nos cobije. Mientras, en el carro se escuchan nuestros vientres de olla hirviendo, tum tum, tum tum. Nuestros cuerpos piensan cómo desnudarse sin enterrarse la palanca de velocidad, cómo voltearse sin rasparse con las manijas de las puertas. Planean ya cómo explotar, aunque las piernas no se puedan estirar ni los brazos levantar.

Aquella noche, después de darle tres vueltas al parque decidimos estacionarnos ahí, en lo oscuro, y colocar una franela enfrente del parabrisas. Miré a mi agua de cielo y vi su boca entreabierta respirando entrecortada y sus chapas brillando en la oscuridad. Sus ojos, sus ojos profundos, sus ojos de miel negra, dulce, suave, tibia, caliente que quema, y quema, más y más. Mis manos envolvieron dos pájaros delicados de pezones duros, mi cara se perdió en el terciopelo marrón de carro, de piel, de piel azucarada, de vestidura plástica. Mis ojos querían ver... —malditos ojos que siempre quieren ver— ... Le quité la blusa, el brasier y apareció ante mi la locura, la explosión

latente, la belleza azul, café, roja, morada. Una vez más, la quijada se me apretó, trepó en mis entrañas el deseo de morder y después vendrían las gotas de sudor y la explosión y...

Nos alumbraron 2 focos, 2 lámparas de mano, mientras se escuchaban golpes en el techo del carro. Aventé a mi estrella de la mañana al asiento trasero y le grité “¡Vístete! ¡Qué no te vean, que nadie te vea!” y me bajé rápido del carro. Frente a mí había 3 patrullas, cada una con su juego de dos policías, grandes y azules. Empecé a hablar mucho, fuerte, rápido para alejarlos del carro. Necesitaba darle tiempo a mi semillita para que se vistiera, que se pusiera su ropa, que se protegiera de las miradas de los hombres que se la llevan de la calle.

Hablé mucho, les expliqué a los policías que somos vecinos del parque, que estamos enamorados, que algún día, Dios mediante, nos vamos a casar, que ya estoy ahorrando para tener nuestra propia casita, con un cama para nosotros solitos. Inventé, soñé, hablé sin parar, lo suficiente para que mi chocolatita pudiera vestirse...

Por fin volví la vista y la miré sentada en el carro, con su carita de “yo no fui” y les dije a los policías: “Bueno de a como se va a tratar...” Claro ellos hicieron su trabajo: “Como cree, muchacho, pues si nos van a tener que acompañar...” Y sí, le dimos varias vueltas al parque, lo suficiente para que yo me asustara y empezara a pensar en los hombres de azul, que se pueden llevar a mi lucerito y apagar su luz. Pero por fin los policías se cansaron y aceptaron lo único que traía: un teléfono celular, que ni era mío sino prestado, y nos dejaron ir.

Seguimos despacio, en silencio, hasta la casa de mi cariño azucarado y nos quedamos estacionados afuera de la puerta, sentados en el carro, uno al lado del otro. Y de nuevo empecé a ver cómo las chispas subían por mis brazos formando bolas de luces listas para explotar en mi pecho. Miré a mi bomboncito y distinguí los mismos destellos en sus ojos, suaves, de miel negra... Suspiré y le dije “Sería tan hermoso tener una cama para nosotros dos, aunque fuera un ratito, ¿no crees?” El resto de la conversación la tuvieron nuestros cuerpos en silencio, sentados uno de cada lado del carro. Soñaron en poder tocarse sin prisas, en mirarse de pies a cabeza, estirarse en cada explosión, bañarse en sus olores, platicar, dormir para volver a empezar...

Yo y mi nube de primavera aún no queremos casarnos ni vivir juntos, porque tenemos todavía mucho que aprender, cada uno por nuestro lado, pero nos queremos bien bonito y la verdad... ¡cómo nos gustaría tener un lugar seguro donde poder amarnos de vez en cuando! Así, en el trabajo, en la escuela, podríamos estar un poco más tranquilos sin tantas chispas y mordidas rondando nuestras cabezas todo el tiempo, y dejaríamos los parques en paz, para que jueguen los chamacos.